

# CON LAS GANAS

Charada



## Capítulo 1

Hace poco, un niño se sentó en mi pecho. Llegó sin avisar, una noche, mientras veía la tele. Se subió por mi regazo y se ubicó allí. Yo le dejé porque era pequeño, y además, que un niño venga, se suba por tu regazo y se acurruque en tu pecho no es algo para lo que uno esté preparado, ni una.

Al principio, no sabía que decirle, pensé que se había perdido o simplemente, que le había caído bien pero que, tarde o temprano, se iría. Probé a levantarme, para ver si se movía, pero incluso así no me dejaba. Se quedaba colgando con sus brazos al rededor de mi cuello, y cuando caía al suelo, se agarraba a mi jersey o a cualquier parte de mi cuerpo. A cada paso que daba, él estaba siempre ahí, y si lograba despistarlo por un segundo, se las ingeniaba para aparecer en la habitación a la que yo me dirigía, antes incluso de que yo llegara.

Yo pensé que, si hacía vida normal, si me dedicaba a trabajar o a hacer cualquier otra cosa y no le hacía caso y no le miraba, se iría. Con los niños pasa eso, pero con éste no. Lo de ignorarle parecía no funcionar. También probé a hablar con él pero no me entendía. Sólo me miraba. Primero, con un gesto que interpreté como osadía, como un reto. Los niños están constantemente retándote, todo el mundo lo sabe. Pero no, no era eso. Sus ojos de agua me miraban desde un convencimiento brutal y ancestral de que aquél era su sitio. Pero, aún así, yo siempre pensé que se iría.

Poco a uno, me fui acostumbrando a su presencia. Aunque, si soy sincera, sobre todo era en la cama cuando se hacía más latente porque, aunque no pesaba mucho, el efecto de la gravedad hace que toda su fuerza se concentre en mi esternón, y lo aprieta, lo noto caliente y pesado, asfixiante, agobiante. Yo me muevo, pero él no hace nada. Aunque he de reconocer que la oscuridad y el silencio tampoco ayudan, es como cuando uno escribe un texto y subraya algo en negrita para que destaque.

Y pasaba el tiempo, y los días, y no encontraba respuesta, no sabía qué hacía aquí, no sabía por qué no se marchaba. Hasta que un día comprendí que quizá ese era su sitio de verdad, que quizá no puedo echarle porque ha nacido para estar aquí, que quizá, aunque no había salido de mí, sí estaba hecho para estar conmigo, que debo acostumbrarme a su presencia como si fuese parte de mí, como si fuese yo misma. Desde ese día está conmigo. Desde ese día comprendí que ese niño no era ese, ni cualquiera, ni uno, sino que era mío, mi niño.